

GUADALUPE.

Levavi oculos meos in montes. Ps. 120.

Dios las montañas ama. El valle triste Se cubre de tinieblas y de horrores A la hora en que aún existe El Sol en la montaña Y su cima se baña Del Sol en los brillantes resplandores Y con sus luces y esplendor se viste. Suban los montes de la tierra al cielo Y de la tierra al cielo un incensario Son Libano y Carmelo, Sina y Tabor, Gethsemani y Calvario. En los montes se apoya refulgente El iris de bonanza Que paz anuncia a la aterrada gente; De ellos bajan las aguas Cual símbolo feliz de la esperanza; La blanca nieve en sus crestones mora, Y los montes más altos del Oriente Son los primeros en mirar la aurora. ¡Qué bello es ver el horizonte extenso De luz azul en derredor teñido; La tierra que se eleva poco a poco Como si fuera el mundo Por el cielo atraído, Y aquel espacio inmenso, Y aquella inmensa esfera Limitado los Andes gigantes! ¿Quién no dobla arrodado la rodilla? Allí es grande no más el que se humilla, Allí son imposibles los ateos. Allí está el Tepeyac! Allí en la cumbre Del nuevo Oreb, la zarza luminosa Arde, sin consumirse, misteriosa Para que el Orbe mexicano alumbre. Allí sonriendo con amor un día La viste ¡oh nuevo Sol que la acompañas! También va a visitar a las montañas María, la purísima María. Dejó su cielo y descendió amorosa Para buscar amantes corazones, Y tierna y bondadosa Para impedir que el pueblo fuera ingrato Nos dejó su bellísimo retrato. ¡No ha hecho igual cosa a todas las naciones! Oh, no ha hecho cosa igual! Y siempre muestra Ella, que de nosotros no se olvida, Y muestra siempre por amor movida Que es madre del amor y madre nuestra. Grandes son los errores Que al mundo cubren como espesas nieblas; Los crímenes mayores Que la conciencia envuelven en tinieblas. ¡Orímen y error aumentan cada día En nuestro mal profundo! Son muy grandes los crímenes del mundo, Pero es su amor más grande todavía! Crímen, error y mal a Dios irritan; Mas de María el corazón clemente En crímen, mal y error, tan solamente Miserias ve que su piecillo excitan. Y va al trono de Dios. Allí cercano De la justicia el ángel está presto Para cumplir sus órdenes dispuesto; La balanza terrible está en su diestra Y eleva en la siniestra El cáliz soberano Que de Dios guarda la ira y los enojos; Mas luego que a su reina se ver alcanza Y que ella fija en él sus dulces ojos El los baja, postrándose de hinojos, Caer dejando caiz y balanza. Dios mismo se levanta de su trono Y hacia su encuentro viene; Pero Ella se detiene Y empieza luego a orar con blando tono, Y con las manos juntas en el pecho A Dios clama con ruegos bien prolijos: "Señor, dice, perdóname a mis hijos, ¡No saben lo que han hecho! Llegue, Señor, de la clemencia el día! Mira a los hombres, sus maldades crecen... No son mis hijos ya, no lo merecen, Pero yo soy su madre todavía!" Por el rostro de Dios pasa violento Un relámpago de ira Al recordar los crímenes sin cuento, Y la Reina suspira, Y el cielo tiembla en su inmutable asiento.

—¿Verdad, madrina, que hará vd. todo lo que mande el Doctor? Me respondió que sí, moviendo la cabeza. —¿Verdad que tomará vd. las medicinas? Sonrió é hizo un movimiento afirmativo. Tía Pepilla tenía húmedos los ojos. Me acerqué, y arrodillándome junto al sillón, quise abrazar á la anciana. —¡Adios, tía! Vendré la próxima semana... —Bueno... bueno—dijo con mucha dificultad, y con voz tan débil que apenas la oíamos—¡quiera Dios que me encuentres vivo! Estoy muy mala... pero... ni ésta ni Sarmiento quieren creerlo. —No tía!—prorrumpí, riendo.—Está vd. nerviosa y por eso se sienta vd. tan débil... —Vaya... vaya,—me dijo sonriendo dolorosamente—dame un abrazo... Cuando me levanté y me incliné para darle un beso en la frente, vi que por las pálidas mejillas de la enferma rodaban dos lágrimas, dos lágrimas de esas que en el rostro de un cadáver parecen gotas de rocío en el seno de una rosa blanca. Sañí del aposento con el corazón hecho pedruzcos. Tía Pepa me seguía silenciosa y cabizbaja... Por fin hablé: —¿Qué dices de eso? —Nada, tía; que si por mi fuera... no me iría yo!... —¿Cuándo vuelves? —El domingo... Pediré licencia. —Sí, sí, ven... Mira que estoy sola, muy sola... —Dígame vd. á Andrés que venga todas las noches... —No dejes de venir el domingo! —Aquí estaré. No quise irme sin hablar con Sarmiento. Le hallé en su casa. —Vaya, muchacho... Ten valor!... Fía en mí... Si algo tenemos que me parezca grave no tardaré en avisarte... pero no quiero que vivas engañado... todas las cosas tienen su fin... El estado general de tu tía es malo, malísimo, pero, repito, por ahora no hay que temer... Más tarde, cualquier día... En fin... ¡Dios dirá! Vete con Dios. Al pasar hablé con Andrés. —No tengas cuidado, amito. Iré todas las noches... Vete tranquilo... Anoche estuve con tu tía y estaba muy contenta. Y tomé el camino de la hacienda. El corazón me iba diciendo que tía Carmen no viviría mucho... ¡Siete años de enfermedad! ¡Ya era tiempo!...

LXII

No me atreví á pedir licencia para ir á Villaverde; aunque las noticias recibidas esa tarde no eran buenas. Tía Carmen había tenido calentura, muy ligera, un resfriado, un concepto del Doctor, y nada más. Sin embargo, no estaba yo tranquilo. Trabajamos en el escritorio hasta las ocho de la noche, y al sentarnos á la mesa me dijo don Carlos: —Mañana, después de misa, escribiré vd. esas cartas, y por la tarde haremos la liquidación esa. Quiero Gabriela unos papeles de música. Me dice que están en el piano; recójalos vd. y mándelos. Ahí en la mesa está la lista... Cenamos alegrementé. El Sr. Fernández estaba de buen humor, y durante la comida charló á su gusto de las fiestas de Villaverde. Después habló de trabajos agrícolas y de las obras del camino de hierro. —Es de sentirse,—decía—que el ferrocarril no pase por Villaverde. Plaviosilla será la ciudad que saque más provechos. En sus aguas y en sus ríos tiene una fuente de riqueza... ¡Cuántas fábricas tiene ahora! Una... pues de aquí á veinte años ¡ya verán ustedes!... Sería oportuno adquirir terrenos en Plaviosilla, particularmente cerca de los ríos... Dentro de pocos años han de valer el doble de lo que ahora cuestan. Plaviosilla será, no hay que dudarlo, la primera ciudad fabril del Estado y de la República...

Los criados se habían retirado ya. De pronto apareció Mauricio en el comedor, diciendo que alguien me buscaba. —¿A mí?—pregunté sobresaltado. —Sí; traen una carta. —¿Quién la trae? —No lo conozco. Me levanté precipitadamente y salí en busca del desconocido. Me traía dos cartas; una de Linilla y otra de tía Pepa. Corrí á leerlas en el comedor. —¿Qué pasa?—preguntó don Carlos. —Algo de cuidado? Abrí el pliego. No contenía más que unos cuantos renglones. "Carmen está muy grave. Ya el Doctor mandó que se disponga, y á las cinco recibirá el Viático. Vente luego, luego; pide permiso, que el Sr. Don Carlos no te lo ha de negar. Considerame."

Puse la cartita en manos del Sr. Fernández. Leyóla de una ojeada, y exclamó: —Pues que ensille Mauricio y váyase vd. Y dirigiéndose al mozo, agregó: —Te vas con el señor. Media hora después íbamos, y á buen paso, camino de Villaverde. La noche estaba obscura. Allí en el corazón de la Sierra fulguraba lejána tempestad. Oíanse truenos lejanos, muy lejanos, y de cuando en cuando, á la luz de los relámpagos, descubríamos las cimas de los montes más distantes. El cielo parecía envuelto en una red de rayos. Amenazábanos la lluvia, caían gruesas gotas, y en el bosque cercano resonaban las arboledas como al paso de impetuoso viento. Silbaban las serpientes entre los matorrales del camino, zumbaban mil insectos entre las hierbas, y el ruido del aguacero se aproximaba rápido y pavoroso. Los árboles me parecían espectros; las luces de las chozas cirtos que ardían delante de un cadáver. Íbamos al trote; yo, silencioso y angustiado; Mauricio me seguía diligente y respetuoso. La lluvia no invadió el valle; se detuvo en las montañas, descargó allí, y pronto fué despejándose el cielo. Allí, rumbo á Villaverde, centelleaban las estrellas del Cielo. La tempestad seguía batallando, pero ya floja y desmayada, en lo más retirado de la Sierra.

"La muerte!—pensaba yo, mientras Mauricio silbaba entre dientes un canto melancólico.—La muerte! Voy á verla llegar... acaso ha llegado á esta hora... ¡Nunca creí que los míos, los que yo amaba, pudieran morir!..."

Me dolía el corazón, y mi pensamiento iba de una cosa á otra sin detenerse en ninguna. Complacímonos al recuerdo de mejores años, de venturosos días; suspiraba por la tranquilidad del Colegio en que pasé dos lustros, y me parecía que las alegres memorias de la infancia alejaban de mí pesares y dolores. ¡Angelina! ¿Dónde estaba Angelina! ¿Cómo lloraría por la enferma! ¡Gabriela! ¿Qué dulcemente consolaría á su amigo! Pero luego caía yo en un abatimiento tal y tan grande, que no acertaba yo á guiar la caballería. "¿Por qué se mueren las gentes! Dios mío! ¿por qué?—repetía yo.—¿Por qué quieres llevarte á la pobre anciana?" ¡Necio de mí que no acerté á pensar que la muerte estaba tan cerca! No, sí, lo pensé; lo pensé muchas veces; pero siempre la vi lejos, muy lejos... Y ahora venía de pronto, incógnita, inesperada... terrible... terrible... El que se muere—me decía yo—es como un naufrago arrebatado por las olas, lucha por ganar la orilla, todos los que le aman quieren salvarle, y no pueden, y es imposible, todo esfuerzo es inútil... y el infeliz pide socorro... y parece que no le oyen... ¡Horrible! ¡Horrible!

Angustiado, trémulo, me dirigía yo á Dios pidiéndole ayuda, pidiéndole un milagro... El corazón, rendido de cansancio, quedaba insensible; la inteligencia entorpecida no acertaba á fijarse en nada... hasta que recobraba fuerzas el corazón. Entonces me ocurría que todo aquello era una pesadilla espantosa, de la cual despertaría yo consolado y feliz. Pero ¡ah! la realidad estaba allí, de-

lante, cruel, implacable. Y oraba yo devotamente, lleno de fé, con fé de santo, y acendian á mis labios las oraciones que aprendí de niño, y las recitaba yo cuidadosamente, poniendo el alma y la vida en cada frase, en cada palabra, en cada sílaba... Deseaba llegar á Villaverde, y me sentía tentado de volverme á la hacienda y, huir, huir á las montañas, á los bosques, á ciudades remotas, para no saber nada, nada de lo que acontecía en mi casa. Quería yo verme rodeado de mis amigos, de todos mis amigos, de todos, para refugiar-me en su afecto como en un puerto de salvación... Tenía miedo de estar solo, y á cada rato miraba yo si Mauricio iba cerca de mí... No sé qué hora sería cuando entramos en Villaverde. Pasada la garita seguimos por la calle principal. ¡Estaba desierto! No podía ser de otra manera, pero yo esperaba que estuviese llena de gentes, de amigos que vendrían á mi encuentro para decirme: "No temas, todo ha sido un sueño!..."

Y no había nadie, nadie! Aullaba un perro en una callejuela. Los serenos que dormitaban en las esquinas, sentados cerca de su linterna, se levantaban al oír el paso de los caballos, saludaban, y se iban á lo largo de las aceras perezosas y distraídos... Los faroles merteceinos que ardían de trecho en trecho, brillaban con luz roja en la obscuridad de las calles, como cirios en funeraria pompa. Unos cuantos minutos, y estaría yo á la cabecera de la enferma. Las pulmonías y las fiebres perniciosas son terribles en Villaverde; pocos ancianos las resisten, mi pobre madre, achacosa, débil, extenuada por largos padecimientos, tendría que sucumbir. Pero no; por qué; si la queríamos tanto... si era tan buena, tan cariñosa... ¡si era una santa!

—Por aquí, señor,—por aquí llegaremos más pronto...—me dijo Mauricio, que iba á mi lado—yo conozco muy bien las calles; como antes venía yo todos los días á vender leche... Le seguí sin oír lo que el mozo decía. ¿Cómo resonaba en la calle desierta el paso de las cabalgaduras! —Aquí—exclamó Mauricio—deteniendo el caballo. —No es aquí... —Sí, señor. El zaguan estaba abierto, por una de las ventanas salía un torrente de luz. Lo comprendí todo. Sentí que se me desgarraba el corazón; que la sangre se me subía al cerebro; al apearme del caballo vi, sin quererlo, el cadáver de mi madrina. Estaba velado con un lienzo blanco. Andrés me recibió en sus brazos. —Bien te lo decía el corazón! Vacilante, sin saber lo que hacía, me dirigí á la sala, apoyado en el noble servidor que no podía contener los sollozos. Tía Pepa salió á mi encuentro, reclinó en mi hombro la encanecida cabeza, y sin decir una palabra me abrazó fuertemente.

LXIII

Cuando regresamos del cementerio me retiré á mi cuarto. Allí me siguió Andrés, y sentado cerca de mí pretendía distraerme con no sé qué historias de mi infancia. Yo le oía sin contestar. De pronto entró mi tía. —Eroró: ¡ta dieron una carta de Angelina! —No. —¿Cómo no? Te la mandé ayer con el mozo que fué á llamarla... —Tiene vd. razón. Me levanté y fui en busca de la carta. La tenía yo en el bolsillo de la blusa. —Rodolfo: "Perdóname si esta carta te llena de amargura. Sé bien que me amas, y comprendo que mis palabras van á lastimarte el corazón; pero algún día, cuando seas feliz, porque hoy no lo eres, me agradecerás lo que ahora ha de causarte tanta pena. "Olvidame, olvidame, yo te lo ruego, yo te lo pido por la santa memoria de tus padres que están en el cielo, por tus tías, á quienes tanto quieres y que te quieren tanto!"

"Al escribir estos renglones estoy bañada en lágrimas, siento que el alma se me va, porque te he amado y amo todavía con todas las fuerzas de mi corazón; pero he comprendido que debo ser franca; que hago mal, muy mal si fomento en el tuyo un sentimiento que te tierra las puertas de un porvenir que yo no debo malograr. ¡Te causan sorpresa mis palabras! Pues óyeme en calma. Muchas veces le he preguntado á mi corazón si te ama como mereces ser amado, y siempre me responde que sí; pero mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino... ¿A dónde? Yo misma no lo sé. Acaso á servir á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto. Tal vez no sería una buena esposa y tu puedes y debes ser amado de quien sea digna de tí. La ilusión engaña; la esperanza es una sirena que nos atrae á los abismos. ¿Estás seguro de que el amor que me tienes no es una impresión fugitiva? ¿Verdad que no? Empiezas á vivir, eres un niño, y no sabes que los afectos son efímeros. Te engañas cuando dices que á nada aspiras, que nada ambicionas, no sospechas cuántos encantos y cuántas seducciones tiene la vida. "Perdóname, y no pienses mal de mí; serías injusto, y la injusticia no cabe ni cabrá nunca en un corazón tan noble y tan generoso como el tuyo. Vive para tus tías, vive para ser feliz, que yo buscaré en Dios otra felicidad mejor que todas esas que tanto se codician en el mundo. "No pienses que el término de nuestros amores se debe á todos esos embustes que corren en Villaverde, que trajeron hasta aquí las Castro Pérez, y de los cuales tú mismo me has hablado; no, Rodolfo; no soy injusta ni ligera, ya me conoces. Nunca he creído que fueses capaz de engañarme. Tanto creas, si elijo un estado distinto del que prefieren todas las mujeres, que lo hago por despecho ó atraída por una falsa vocación. No, considera que si no he querido engañar á un hombre, no he de querer engañarme yo misma, ni engañar á Dios. "Mucho le pido que te dé fuerza y resignación para sufrir este golpe, y te daré las dos cosas porque en cambio le he ofrecido mi vida. "Papá te dará tus cartas; tú le entregarás las mías. ¡Te acuerdas que al despedirme de tí, me quitó del cuello una medallita y te la di? Pues deseo que la conserves siempre, para que si un día te casas y tienes hijos se la des al que tú prefieras. ¡Harás lo que te pido! Sí, porque así me darás una prueba de que mi memoria es dulce para tí. "¡Verdad, Rodolfo, que no me guardarás rencor? Eres muy bueno, y me perdonarás. "No me escribas; ¿para qué? Acabaron nuestros amores, es cierto, pero en lo de adelante seremos muy buenos amigos. "Ouida mucho de tus tías. Si algún día necesita papá de tus cuidados, vela por él, y págale, en nombre mío, cuanto le debo yo. ANGELINA."

LXIV

Indignado, colérico, estrujé la carta, y yo que no tuve en mis ojos una lágrima ni en los momentos de amortajar á mi tía á quien tanto amé, á quien tanto debía yo, que tanto me quiso, que fué para mí como una madre, no pude resistir aquel nuevo dolor, sentí que me ahogaba, y me eché á llorar como un chiquillo. —¿Qué te pasa?—gritó Andrés asustado. —¡Nada!—le respondí sollozando.

la Caridad. El santo sacerdote estaba muy triste; todos temíamos que aquel monjío le costara la vida. —Hágase la voluntad de Dios!—exclamaba.—Yo me había soñado que Linilla y Rodolfo... Pero, en fin... ¡Vaya con la muñeca! Dios me la trajo y Dios se la lleva. Aún conservo las cartas de Linilla; el P. Herrera nunca me dió las mías. —¿Para qué!—pensaría.—¡Ocosos de muchachos! Angelina profesó en México dos años después. Cuando las Hermanas fueron expulsadas pasó á Paris, y de allí la mandaron á Cochinchina. Viena en Paris la señorita Fernández. —Si vd. la viera Rodolfo!—me decía la señora.—¡Lindísima! Parece una santa. El P. Herrera murió á fines del 78 en su curato de San Sebastián. Poco antes fué llamado al coro de la Catedral de Jalapa, pero el humilde anciano rehusó la prebenda. —¡No! ¡No!—contestó.—No quiero canonías... De aquí... al cielo, si Dios Nuestro Señor tiene piedad de este pobre pecador! Gabriela casó con Ernesto, y es madre de dos niños tan hermosos como ella. ¿Es feliz? Creo que sí. La rubia señorita era muy lista é hizo de su novio un marido discreto, laborioso y de excelentes costumbres. A mi juicio nunca fué calavera ni jugador. Sospecho que le calumniaron, que para el caso cualquiera ciudad se parece á Villaverde, y en todas partes abundan los amigos como Ricardo Tejeda y los señores como Castro Pérez. Mi generoso rival cayó en la red, y se casó con Teresa. Luisa se ha quedado para vestir santos. Osaña se metió á tinterillo. Venegas renunció la Escuela Nacional, se largó á la revolución, y ahora es diputado por obra y gracia de Tuxtepec. Buena memoria dejaron en Villaverde el Doctor Sarmiento y mi buen maestro don Ramón. Todos se acuerdan de ellos, alaban sus virtudes; y se dicen amigos del año y discipulos del otro. Andrés y tía Pepilla vivieron todavía mucho tiempo tranquilos y contentos. Tave la dicha de cerrarles los ojos, y les di cristiana sepultura junto á la tumba de mis padres. En cuanto á mí... No me he casado, y vivo muy feliz, gozando del fruto de mi trabajo. En él encontré consuelo y fortaleza. El trabajo productivo me apartó de aquellos idealismos románticos que me causaron tantas amarguras. No soy rico, pero estoy contento con mi suerte, ya sé lo que valen los hombres, y no espero de ellos lo que no pueden darme. Tengo pocos amigos, pero, eso sí, muy buenos y merecedores de toda estimación. No hago versos, ni vivo entregado á los delirios de la fantasía. Creo que no es cuerdo andarse por las nubes cuando hay abajo tantas cosas que reclaman nuestra atención. Sin embargo, no desdeño los libros, he comprado muchos, y con ellos me paso largas horas. Aún suelo leer versos de Lamartine... y... á la verdad... ¡como Lamartine no hay otro poeta para mí!

LXV

Aquí concluye esta novela sencilla y vulgar... He vivido otras muchas, (que no merecen ser escritas), muy dramáticas é interesantes; pero ninguna como ésta tan sincera y tan casta, triste flor de mi adolorida juventud. Angelina se llama, en memoria de la pobre niña que sacrificó por mí, con sublime heroísmo, todas las ilusiones de su vida. En lo más hondo de mi corazón, como la haérfana lo deseaba, hay un rincónito que no he profanado con el amor de otra mujer, —y allí vive Angelina. Orizaba, Diciembre de 1893.